



ACADEMIA NACIONAL
DE LETRAS

Juan Llambías de Azevedo

(Discurso de Ingreso a la Academia)

LA MISIÓN DE LA FILOSOFÍA EN UNA ÉPOCA DOMINADA POR LA CIENCIA Y LA TÉCNICA

Al alto honor que me cabe de haber sido designado para ocupar un sillón en la Academia, se añade otro no menos alto y placentero, como lo es el de ser en este sillón el sucesor del Dr. Daniel Castellanos, elevado, por justa decisión de la propia Academia, a la categoría excepcional de miembro de honor. Pero desearía hacerlo sucedido también en las dotes de su espíritu para poder agradecer, en un estilo que él domina pero que yo no poseo, la distinción que me habéis otorgado así como las benévolas y augurales palabras que sobre mi obra acaba de pronunciar Clemente Estable.

Por lo menos, no quiero abordar el tema que he elegido para esta sesión, sin antes referirme de un modo necesariamente breve pero sustancial a la obra de mi eminente antecesor.

La primera vocación de Daniel Castellanos fue la Historia Universal y su enseñanza, en la cual llegó a ser no sólo el maestro indiscutido y venerado de muchas generaciones de estudiantes sino también el formador de noveles profesores, que percibieron en él al modelo ideal y lo tuvieron por experto guía y seguro consejero. Ya su primer escrito sobre *La enseñanza de la Historia Universal* denuncia la profunda pasión con que tomó su estudio: domina todas las épocas, ha asimilado un saber inmenso gracias al conocimiento no sólo de los mejores tratadistas franceses – como era la tradición de nuestra Universidad – sino también al de los clásicos ingleses y al de los más modernos historiadores alemanes, uno de los cuales, Karl Lamprecht, inspira su nuevo método de enseñanza; conoce también las teorías de los modernos filósofos de la Historia, desde Bossuet hasta Buckle y Renan, que le suministran criterios para la interpretación de los hechos, y en un primer viaje por España, Francia, Italia y Suiza ha reunido un material gráfico de mapas y reproducciones de momentos históricos y artísticos, que le permitirá imprimir a su labor docente el carácter intuitivo que será siempre su método más eficaz.

No pasará mucho tiempo sin que el joven catedrático tenga ocasión de utilizar su extenso y sólido saber en un problema político que concitó entonces el interés primordial de toda la nación. En 1916, cuando hierve la discusión en torno al proyecto de Ejecutivo pluripersonal, en medio de los análisis teóricos y sistemáticos, Castellanos ofreció en *El Colegiado a través de la Historia* el argumento histórico que faltaba para exhibir un imponente acopio de hechos recortados de todos los pueblos y de todas las épocas, que demostraban el fracaso inevitable a que había conducido siempre el sistema entonces proyectado. Castellanos argumentaba con la lección de la experiencia dictada por esa “maestra de la vida” que es la Historia, según el decir ciceroniano.

Y si entonces su alegato fue sin duda un factor que motivó la decisión popular del 30 de julio, al releerlo cincuenta años después, cuando hemos vivido el fracaso del sistema, sus conclusiones adquieren sin pretenderlo el carácter de la profecía.

Esta vocación de Castellanos por la Historia no fue nunca abandonada, como la testimonian su investigación sobre *La Estrella del Sur* con su certera hipótesis sobre la identidad del director y autor de sus editoriales, y luego su *Marco Polo* en el que nuestro Académico ya maduro, pero conservando el entusiasmo de un joven, rememora en cuadros llenos de color y lozanía la gesta inaudita de aquel estupendo veneciano.

Pero en 1931 Castellanos va a Europa, esta vez como Ministro Plenipotenciario y Enviado Extraordinario ante los Gobiernos de España y Portugal, y esta circunstancia no será sólo diplomática sino que dará origen a una nueva vertiente de su obra tan inesperada como admirable.



ACADEMIA NACIONAL DE LETRAS

Es el cielo de sus estudios sobre los clásicos. Instalado en Madrid, perfecciona su latín y estudia paciente y profundamente el griego, para al cabo de pocos años deslumbrarnos con la "*Luz de otros soles*", esto es, su traducción y comentario de Anacreonte, que constituye hasta hoy su obra más extensa y representativa.

Leyéndola con atención se percibe que conoce y que ha utilizado las ediciones críticas y los principales estudios filológicos, pero, al mismo tiempo, trasluce su voluntad de no hacer obra de erudito sino la de trazar sin el menor asomo de pedantería una imagen viva y resplandeciente del poeta del vino, del amor y de la ligereza de la vida. Admiramos esas traducciones pulcras, muchas veces innovadoras, en las que ha sabido transvasar la gracia del original, sin perder una gota de fidelidad.

Van acompañadas de glosas, analíticas unas, aclaratorias otras, dejando a veces libre vuelo a la divagación y al ensueño, conectando con los grandes poetas que trataron el mismo asunto para señalar similitudes y contrastes. Y todo, escrito en un estilo rico y sobrio, en el mejor castellano, que este hijo de la raza hispana nacido en el Río de la Plata maneje a la vez con soltura y precisión.

Estas cualidades se repiten en los fragmentos que nos ha dado a conocer de su obra aún inédita sobre *Safo* y en la más extensa dedicada a Bacchylides, pero también en otros trabajos menores como *Tres mujeres en la vida de Ulises* y *Clodia, piedra de escándalo*.

Y aquí pienso que es necesario destacar no sólo el valor de la obra sino junto a ella y como su fuente la significancia que tuvo la *decisión* de Castellanos de cultivar los estudios greco – latinos – decisión que él tomo sin duda con clara consciencia de llenar una laguna – como un alto ejemplo digno de ser imitado en nuestro medio en el que esos estudios han sido descuidados, a pesar de ser universalmente reconocidos como un factor decisivo en la formación de la personalidad.

Y esa importancia del espíritu humanista como forjador de una cultura sólida y profunda ha sido exaltada precisamente por él en su *Quevedo humanista*, que merece una mención aparte porque trasciende a lo literario para adentrarse en lo filosófico. Con un amplio conocimiento del estoicismo y del platonismo así como del siglo de oro español, Castellanos trata aquí sobre todo al Quevedo traductor de Epicteto, señalando al par que los aciertos de la traducción sus desajustes debidos a la infiltración de pensamientos cristianos y pitagóricos.

Daniel Castellanos ha desempeñado altos cargos civiles, políticos y diplomáticos. Fue Secretario de la Presidencia de la República, enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en España, Portugal y Gran Bretaña, Senador, Ministro de Instrucción Pública y de Relaciones Exteriores y muchos otros que sería prolijo enumerar.

En todos ellos no sólo sirvió con cuidada conciencia los altos intereses de la Patria sino que también a menudo dejó testimonios de una actividad que las trascendían, como sus conferencias en España y Gran Bretaña para dar a conocer el paisaje, las costumbres y la cultura del Uruguay, o en su concienzudo y sensato informe sobre *La inmigración en la Post – Guerra*.

No puede sorprender, entonces, que tal persona y tal obra hayan merecido múltiples distinciones y condecoraciones de los más destacados Institutos intelectuales uruguayos y extranjeros.

Pero yo sospecho que Castellanos sentirá como nosotros, que los altos cargos significan lo que representamos, mientras que nuestras obras, lo que somos, y que las más merecidas condecoraciones son esas nuestras obras que, después de una fecunda vida, cuando echamos una mirada hacia nosotros mismos, encontramos sobre nuestro pecho sin que ninguna mano ajena las haya colocado allí.

Tal es el hombre a quien me ha correspondido suceder en este sillón y por quien, al presentar mi homenaje de admiración, hago también votos para que permanezca muchos años entre nosotros para enaltecimiento y esplendor de nuestra Academia.



ACADEMIA NACIONAL DE LETRAS

Y ahora, como no soy historiador ni literato, quisiera proponeros algunas reflexiones sobre la misión de la Filosofía en una época dominada por la ciencia y por la técnica. La Filosofía: ¿no pertenece ya irremisiblemente al pasado? ¿Tiene todavía una tarea que cumplir en un mundo que se despeja incesantemente ante el ojo analítico del científico y se doblega sin esperanza bajo los manipuleos del técnico?

Comencemos por destacar que todas las ciencias de lo real han tenido su origen en la Filosofía. Desde la Astronomía y la Física hasta las ciencias del hombre y de la sociedad, todas han partido de ciertas hipótesis *a priori* y han sido iniciadas por filósofos. La Filosofía es la idea de una aventura que corre al hombre, es el riesgo a que se lanza el pensamiento para edificar un cosmos con el desorden y la escisión que el mero sucederse de percepciones presenta a nuestra conciencia.

Puede conducir y ha conducido muchas veces al error, pero su conformación en una sola verdad compensa todos los errores, porque éstos, una vez reconocidos, ofrecen una nueva enseñanza para indignaciones posteriores. Los primeros presocráticos fueron llamados “meteorólogos” porque investigaban las cosas altas, los fenómenos del aire y del cielo, y también, “fisiólogos”, porque estudiaban la naturaleza e inquirían sus principios. La atomística de Demócrito ofreció una idea que con los siglos dio el impulso a la Química y la Física modernas.

Platón y Aristóteles dieron amplio desarrollo a las ciencias del hombre y de la sociedad; y si Comte pretendió reivindicar para sí el título de fundador de la Sociología, tenga o no razón, ello confirma el origen filosófico de esa ciencia.

Pero todas las ciencias hasta la Edad Moderna reconocían a la Filosofía como reina y ninguna pretendía usurparle la función de orientar al hombre en su misión y de conocer sus supuestos antropológicos, cosmológicos y ontológicos.

Pero en la Edad Moderna las ciencias tomaron un sesgo diferente. Bacon y Descartes, con distintas palabras pero coincidiendo en la idea, avanzaron la tesis de que la ciencia es un poder que nos hará dueños y poseedores de la naturaleza. Desde ese momento quedó establecida por primera vez con toda claridad la estrecha vinculación de la ciencia natural con la técnica, y de hecho esa vinculación quedó asegurada el día que Galileo, dejando de lado el estudio de las cualidades, redujo la investigación de los fenómenos físicos y sus cambios a relaciones cuantitativas aplicándoles el riguroso instrumento de las matemáticas.

Desde entonces el campo que acota para su investigación la Física moderna no es el ser sino el devenir; lo que aspira a explicar y a comprender a base de sus fundamentos no es la existencia total del Universo sino simplemente todos y cada uno de los cambios que en él se producen con arreglo a leyes inmanentes. De este modo, al mismo tiempo que se fundaba la posibilidad de una técnica segura en la exactitud de las leyes científicas, se sentaba la neta separación de la ciencia respecto a la Filosofía.

No es del caso escribir ni resumir aquí la historia de sus progresos ni de cantar sus alabanzas. Todos sabemos que, comenzada en la Física y en la Astronomía, continuó en la Química, luego se extendió a la Biología y llegó a penetrar en la Psicología, por lo menos en la esfera del psiquismo elemental. Lo que aquí dio el triunfo y se extendió de la Física a las demás fue el método naturalista y el modelo de un mecanismo como clave de la explicación. Y sobre ellos se edificaron las técnicas que, aplicadas primero a la naturaleza inanimada y luego a la Medicina, a la Agronomía y a la Psiquiatría p. ej., fuerzan a la naturaleza a poner al servicio del hombre energías antes ocultas para los fines más diversos y aún opuestos.

Se comprende que los profanos que presenciaron los primeros descubrimientos de la ciencia moderna y las invenciones técnicas basadas en ellos, desconfiaran como de algo que no podía ser más que el resultado de un pacto con el diablo. Los científicos que luego se mofaron de tal ocurrencia no pudieron sospechar que en esa fórmula religiosa se ocultaba una verdad que sólo en los dos últimos decenios hemos llegado a comprender.



ACADEMIA NACIONAL DE LETRAS

Pero todos esos descubrimientos e invenciones que han quedado minimizados ante la segunda revolución científica y técnica, que hoy estamos viviendo y se caracteriza ya como “era atómica” (C.F. von Weizsäcker). La teoría de los *quanta* y de la relatividad fueron sus pilares básicos, pero su núcleo central es la Microfísica con su nueva imagen del átomo, a base de las partículas elementales y la liberación de la energía nuclear por medio de la fisión y de la fusión atómica. A producir la energía nuclear se destinan las bombas y los reactores atómicos. No quiero extenderme sobre las primeras. Sólo recordaré que la bomba que cayó sobre Hiroshima, además de la horrible destrucción de hombres y de cosas por la energía radiante, aniquiló a casi todas las construcciones en dos kilómetros de radio por el sólo efecto de la onda de presión. Y que una bomba H tiene un poder mil veces mayor que el de la que destruyó a Hiroshima. Por su parte, los reactores han comenzado a producir una energía pacífica para usinas eléctricas y vehículos de transporte y es seguro que ella se extenderá a otras cosas. Su advenimiento tiende a suprimir el déficit de energía industrial de que padece la economía mundial, amenazada, por otra parte, con el agotamiento de las reservas de carbón y de petróleo, pues la energía contenida en el uranio y el torio que hay en la Tierra se ha calculado que es más de diez veces mayor que la de todo el carbón.

A la Microfísica y sus consecuencias ha de agregarse, según me parece, como el otro hecho científico – técnico de nuestra época, la fundación de la Cybernética, que, al lado de la producción de energía, permite la dirección automática de esa producción. Gracias a la automatización, las máquinas dirigen la producción de otras máquinas o de la misma energía con exactitud de medida que no sería posible lograr con la dirección inmediata de un hombre. La energía sustituye al músculo; la Cybernética sustituye a los sentidos y al sistema nervioso.

Me he referido a la Física, pero en la Química y en la Biología la situación es casi igual y sus nuevos conocimientos han conducido a técnicas antes insospechadas, p. ej. en la Agricultura y en la Medicina.

Lo que deseo destacar, apoyándome en los hechos que brevísimamente acabo de recordar, es que nuestra época no es simplemente aquella en que las ciencias y las técnicas han progresado inconmensurablemente más que en las anteriores, sino en la época a la que Ciencia y Tecnología dan su tónica, un mundo en el que ellas ejercen el neto dominio intelectual. Vivimos en un mundo predominantemente artificial. Apenas es ya el mundo natural tal como surgió del Verbo creador y en el que el hombre intervenía, sí, pero con respeto y delicadeza, fomentando y perfeccionando las tendencias ínsitas en la naturaleza misma. El mundo actual, sobre todo el de las grandes urbes, es un mundo creado por el hombre mismo, mutilando y violentando a la naturaleza para obtener de ella el máximo de sus fuerzas y utilizarlas. Una utilización que, por cierto, es hoy necesaria para la propia subsistencia de la humanidad. Y esto ha sido posible y real gracias a la nueva ciencia y a la nueva y a la nueva técnica. El tipo de hombre medio que habita en este mundo artificial va siendo y será cada vez más, no el *homo sapiens* ni el *homo faber*, que quedan limitados a los científicos y a los ingenieros, sino el que podría muy bien llamarse “*homo pressorius*” que apretando botones o moviendo palancas, pero sin entender su mecanismo, puede hacer funcionar máquinas o instrumentos que proporcionan los objetos y los efectos más diversos.

Este predominio que las ciencias naturales y las técnicas correspondientes ha adquirido en nuestra vida, suscita en el hombre profano, pero a veces también en científicos y técnicos, ciertas actitudes, sobre todo valorativas, que, aunque opuestas o incongruentes entre sí, subsisten simultáneamente. Tales son:

- 1) La ciencia y la técnica son supremamente valoradas y admiradas. Se cree que la “Ciencia” puede resolver todos los enigmas del Universo y del hombre, y que si no lo ha logrado aún, lo logrará ciertamente en un futuro más o menos cercano. Paralelamente se cifran en la Técnica esperanzas ecuménicas, se piensa que ella satisfará a la larga todos los deseos y ambiciones que puede soñar el hombre y que lo libtará de todos los males, sean materiales o espirituales. Hace ya más de treinta años Spengler describió irónicamente esta valoración diciendo que la Técnica ocupaba el lugar de Dios: “ella es eterna y omnipotente como Dios Padre, nos da la salvación como Dios Hijo y nos ilumina como el Espíritu Santo”.



**ACADEMIA NACIONAL
DE LETRAS**

Simultáneamente con esta supervaloración, las demás formas del saber, la Concepción natural del Mundo, la Filosofía y la Religión son profundamente despreciadas como erróneas e inútiles. En nuestro país, he conocido a varios profesores de Filosofía, que valoraban a la ciencia mucho más alto que a aquella, que era su especialidad.

Lo más curioso es que esos profesores eran no científicos sino abogados y que no tenían de las ciencias una experiencia directa sino sólo aquellos conocimientos inevitablemente simplificados que habían adquirido en sus estudios secundarios;

- 2) al mismo tiempo que admiradas, la ciencia y la técnica son hondamente temidas: la ciencia porque buena parte de sus fórmulas y resultados ya no pueden hacerse intuitivos, son incomprensibles, excepto para los especialistas de cada rama; la técnica, porque puede producir y produce con frecuencia, voluntaria e involuntariamente, graves daños a la especie humana. De la segunda clase baste recordar los accidentes producidos por la terapéutica, por las máquinas y en particular por los vehículos de transporte con frecuencia en forma selectiva. De la primera, todas las armas y máquinas mortíferas, que han culminado con las bombas A y H. Hoy es ya un lugar común afirmar que las bombas pueden destruir no sólo a nuestra especie sino a todo ser viviente que crece sobre la Tierra. Entonces, si el ideal de Mefistófeles es que

alles was entsteht
ist wert, dass es zugrunde geht,

se justifica que la Técnica haya sido considerada como una invención diabólica;

- 3) se apropian (se asimilan) los resultados de la ciencia, se gozan los productos de la técnica, pero se permanece indiferente e ignorante de la génesis de una y otra y de las condiciones de su posibilidad y realización. El consumidor y el productor, el intelectual y el político, el profesor y el periodista, saludan cada nueva verdad científica y exigen a la técnica más y más invenciones y el perfeccionamiento de las ya logradas, pero con frecuencia consideran a científicos y a técnicos como hombres aparte con los cuales ellos no tienen nada que ver y a los que no tienen nada que dar.

La dimensión tan extendida de estas esperanzas, temores y exigencias confirma la tesis de la predominancia que en el mundo de hoy han adquirido las ciencias y las técnicas.

Ante esa situación cabe preguntar si la Filosofía tiene una misión específica, si tiene una palabra que decir para estos problemas y actitudes típicas de nuestra época o ha de reducirse al tratamiento de los "problemas eternos" que constituyen los temas de la *Philosophia perennis*. *Philosophia perennis* y *Zeitphilosophie* son dos modos típicos de filosofar que a menudo se presentan como opuestos.

Las grandes Filosofías clásicas siempre han pretendido ser *Philosophia perennis*, mientras que el estoicismo y el existencialismo son buenos ejemplos de "Filosofía para la época". Pero en verdad ambas son complementarias: la primera quedaría en abstractas generalidades, si no indicara un camino para tratar los problemas concretos, y la segunda quedaría flotando como ocurrencia pasajera si no encontrara sus bases en principios universales.

Por eso al insinuar aquí algunas palabras de lo que la Filosofía podría decir para la situación referida, se mostrará cómo esta situación conduce también a los problemas eternos.

Comienzo por la tercera actitud. El hecho fundamental es que hoy la ciencia y la técnica no son un lujo sino factores necesarios para la subsistencia de la humanidad. A causa sobre todo de la multiplicación creciente de nuestra especie, las condiciones generales de la vida, la alimentación, la vivienda, la salud, la exploración y humanización de regiones inhabitadas o inhóspitas, la explotación de las riquezas naturales, el trabajo, la dirección de empresas, la administración pública, la educación (todo esto por vía de ejemplo) requieren imprescindiblemente la cooperación de ciencia y técnica; es más, cada una de aquellas tareas exige la colaboración de ciencias y de técnicas diversas.



ACADEMIA NACIONAL DE LETRAS

En los países desarrollados estas exigencias se han cumplido y se cumplen plena y constantemente, de suerte que en ellos puede hablarse por un lado de científicación y tecnificación de la praxis y por otro, de una socialización de la ciencia y de la técnica. "Socialización" quiere decir aquí que la obtención de los recursos para ambas no queda librada a sus representantes sino que son los poderes sociales, los grupos económicos y ante todo el Estado los que proveen a ellos.

Ese doble proceso de científicación y tecnificación de la praxis y de la socialización de la ciencia y de la técnica constituye lo que puede llamarse la integración de la ciencia y técnica en la sociedad total. Pero en las naciones subdesarrolladas este proceso apenas ha comenzado y no hay una comprensión clara y suficientemente extendida de que aquí se juega no sólo su elevación al nivel de las naciones plenamente desarrolladas sino también su misma subsistencia material. Por eso la Filosofía, que es siempre un llamado a la reflexión, ha de hacer ver claro a ambas partes de las que depende aquel proceso de integración, que no es una mera conveniencia sino un verdadero deber el aproximarse a ella y finalmente lograrla:

a) a la sociedad. La investigación científica y técnica necesita en todas sus líneas grandes recursos, que en general no se está dispuesto a dar sino para inmediatas contraprestaciones. Pero si la sociedad requiere ineludiblemente utilizar los resultados de ciencia y técnica, los poderes económicos (ganaderos, industriales, etc.) y el poder político deben suministrarles los medios para su material, para su instrumental, para sus equipos humanos. Es ingenuo que crean tener mucho que exigir cuando al mismo tiempo creen que no tienen nada que ver. Y deben también saber esperar, y dominar sus impacencias por el rendimiento de los recursos adelantados, pues la investigación requiere su tiempo, muchas veces años, para obtener un solo resultado seguro.

b) a los investigadores. No es necesario emplear palabras en destacar la escrupulosidad y dedicación con que han de entregarse a su tarea propia, pues esto sería una ofensa a su fina conciencia moral. Pero hay dos cosas que en un país en desarrollo como el nuestro merecen ser destacadas. Todas las ciencias y técnicas están al servicio de la verdad y de la utilidad y nunca puede excluirse que una investigación, por alejada que parezca de todo resultado práctico, haya de tenerlo un día, quizá inesperado y sorprendente. Por eso en principio todas deben ser apoyadas. Pero no puede desconocerse que hay problemas y necesidades cuya solución es más urgente que la de otros para una sociedad, para una situación histórica dada, y que, por consiguiente, ellos deben ser apoyados con preferencia y con mayor vigor que otros.

Por otra parte, es necesario que no sólo los directores y jefes sino también todo el personal de investigación tenga una competencia avalada por grados o títulos universitarios o equivalentes. Sería superficial considerar esta exigencia como un puro formalismo. El investigador no puede limitarse al conocimiento del pequeño sector objeto de su indagación dentro de una ciencia, sino que debe poseer un conocimiento suficientemente completo de ella, que le permita desde esa perspectiva ubicar y orientar su propia investigación. Y no debe olvidarse que las grandes fundaciones para el fomento de las ciencias rehúsan cada vez más su apoyo a los institutos que no cumplen con aquella exigencia. Los institutos no pueden confiar a aprendices tareas responsables.

En estas consideraciones, pues, la Filosofía justifica las pretensiones de la sociedad frente a la ciencia y a la técnica y las de éstas respecto de aquélla.

Pero hoy, que presenciamos un segundo empuje del cientismo, más fuerte que el de hace 60 o 70 años, muchos filósofos, generalmente neopositivistas, y otros científicos sostienen que la única misión de la Filosofía sería la de hacer de las ciencias su objeto, si bien lo amplían desde las cuestiones específicas que nos hemos referido hasta el conocimiento de las condiciones y límites existenciales y espirituales de las ciencias. Según esta concepción, sólo serían legítimas la ciencia y la metaciencia: la primera se ocuparía con las cosas según métodos precisos; la segunda sería teoría crítica de la ciencia y estudiaría su esencia, su estructura, sus procedimientos, etc.



ACADEMIA NACIONAL DE LETRAS

No habría más una Filosofía de la naturaleza, sino sólo de las ciencias naturales; no más una Filosofía social, sino sólo de las ciencias sociales, etc.

No compartimos este criterio, y de inmediato hemos de ver que la consideración de las otras dos actitudes del hombre de hoy ante ciencia y técnica conduce necesariamente a trascender hacia otros problemas.

Consideramos simultáneamente la primera y la segunda actitud, porque de su contraste aparece con evidencia la gran debilidad de ciencia y técnica.

El hecho de que ambas sean a la vez objeto de exaltada admiración y de profundo temor pone de manifiesto la esencial ambigüedad axiótica de ciencia y técnica. Y esto no ocurre sólo respecto a la técnica, cuyos valores de utilidad pueden ponerse indiferentemente al servicio de fines buenos o malos, de la creación o de la destrucción, de lo necesario o de lo superfluo, de la liberación o del avasallamiento del hombre respecto a la naturaleza o a la propia técnica. En los últimos decenios esta ambigüedad ha sido señalada ya reiteradas veces para que sea necesario detenerse ahora en ello. Lo que quiero destacar es que también las verdades de la ciencia son ambiguas y todavía esto en varios sentidos.

En una primera dirección porque sus enunciados pueden ser entendidos ya en sentido fenoménico ya óptico. Así p. ej. el postulado “nada se crea, nada se destruye” puede ser entendido en el sentido de que en la totalidad de los fenómenos del universo no hay ni aumento ni disminución de materia. Pero puede entenderse también en sentido óptico, esto es, que el ente existe desde la eternidad y por la eternidad.

El enunciado “la naturaleza es un mecanismo” puede entenderse como principio metódico eurístico, esto es, que la naturaleza es medible, calculable y dominable sólo en cuanto es un mecanismo; y puede entenderse en sentido óptico, como si la naturaleza no fuera más que ese mecanismo, esto es, que el mecanismo agotara la esencia y el ser de la naturaleza.

El pasaje de la ciencia natural al materialismo, operado con frecuencia en Europa en la segunda mitad del siglo XIX y elevado en Rusia Soviética al carácter de dogma, se basa en esa ambigüedad.

Todavía en una segunda dirección son las verdades de la ciencia ambiguas. Ellas pueden valer en un sector de fenómenos y perder validez en otro sector sin que se vea clara la razón de esta variación. Así ocurre con el determinismo en la Macrofísica y en la Microfísica, o con la mecánica corpuscular y la mecánica ondulatoria.

Ahora bien: el reconocimiento de estas ambigüedades de la utilidad técnica y de la verdad científica es ya un conocimiento que trasciende a la ciencia y a la técnica puesto que solo una reflexión sobre ambas lo puede esclarecer. Pisamos ya el terreno de la Filosofía. Pero es preciso añadir que ambas ambigüedades plantean otros graves problemas filosóficos: ¿radican ellas en la esencia de las cosas, son las cosas mismas las que contienen estructuras dinámicas diferentes y opuestas o son la ciencia y la técnica y en última instancia el hombre mismo que es su gestor, los que generan esa ambigüedad por intrínseca insuficiencia? Con estas preguntas ya hemos penetrado en el corazón de los problemas filosóficos.

Por otro lado, la ciencia y la técnica tienen límites que convierten en ilusorias las esperanzas ecuménicas que se depositan en ellas. Por de pronto no la ciencia ni la técnica pueden prescindir de los datos de la concepción natural del mundo (o del “conocimiento vulgar”, como decían los manuales que se inspiraban en Spencer). Ciertamente la ciencia natural ofrece una imagen del mundo diferente de la de la concepción natural y pretende suplantarla p. ej. estableciendo un sistema de coordenadas independiente del lugar del observador o eliminando todas las cualidades y cuantificando todos los fenómenos, etc. Pero no sólo no puede eliminar por completo sino que necesita ineludiblemente ciertos datos de la concepción natural.



ACADEMIA NACIONAL DE LETRAS

El científico no puede evitar las determinaciones “derecha – izquierda”, “adelante – atrás”, etc., con referencia a su propio cuerpo; ni cuando opera con una regla o con una balanza, las diferencias de color entre el fondo y cada una de las medidas señaladas en aquellas. Las cifras, las rayas, etc., marcadas y percibidas son utilizadas como existiendo realmente y no como fenómenos subjetivos; son necesarias para fijar las mediciones matemáticas, y p. t. el ente real de la concepción natural del mundo, considerado como válido, es una condición de la propia investigación científica (Cf. HUSSERL. *Krisis*. 34). La concepción natural del mundo es, así, nuestra morada inabandonable: en ella vivimos, nos movemos y somos. La concepción científica es siempre una modificación de ella: de ella tiene que partir; puede construir, sin duda, un mecanismo de aspecto muy diferente, pero en definitiva, a ella también tiene que volver.

Y tanto la ciencia como la técnica tienen otros límites y supuestos cuyo descubrimiento es cabalmente misión de la Filosofía. Así, la ciencia no se puede justificar *científicamente*. Se puede negar su valor. No en el sentido de afirmar que es falso lo que la ciencia declara verdad, sino, estas verdades mismas como inútiles o en el fondo nocivas. Hay una voluntad originaria de saber que no se funda más que en la pasión por el saber mismo. Tampoco se pueden fundar científicamente ni la elección del problema a investigar ni el modo de plantearlo, ni la invención de las hipótesis de trabajo. Y sin embargo, sin ellos la ciencia no sería realizable.

Así, pues, las iniciativas, las decisiones capitales de las que dependen la marcha y el destino de las investigaciones científicas son esencialmente acientíficas. El ideal de la ciencia es eliminar lo arbitrario, lo incalculable, para sustituirlo por relaciones necesarias o por lo menos regulares que permitan prever y p. t. dominar los fenómenos. Pero la actividad que concibe, ensaya, verifica e instaure esas relaciones ya no obedece a necesidad sino que es la libre iniciativa del pensamiento y de la decisión del hombre.

Lo mismo ocurre en la técnica: las máquinas sustituyen al trabajo humano; unas máquinas pueden producir otras máquinas; los aparatos cibernéticos pueden indicar la información precisa para que otro aparato comience a funcionar o tome tal o cual dirección. Pero esos procesos no son prolongables indefinidamente. En el origen de la máquina y de la información se halla indefectiblemente la iniciativa y la decisión de una conciencia humana. Se ha intentado interpretar sobre la base de los procesos de un “cerebro” electrónico, los procesos de un cerebro humano. Pero esto no pasa de analogías o a lo más de equivalencias parciales. Pues hay un hecho que lo está mostrando con toda evidencia: un cerebro humano puede fabricar un cerebro electrónico pero un cerebro electrónico no puede fabricar un cerebro humano (RUYER R. *La Cibernétique et l'origine de l'information*). Detrás del reino de la ciencia y de la técnica dominada por una necesidad inmanente, se levanta como su origen la esfera de la conciencia humana donde planean la libertad, la decisión la responsabilidad del científico y del tecnólogo.

Y en el reino de la libertad es imposible esperar que algo ocurra o no ocurra en virtud de una necesidad mecánica. Vuelvo al problema terrible. Muchos piensan – y no son sólo los ingenuos – que la posesión de bombas A y H por las grandes potencias ha hecho automáticamente imposible la guerra atómica. Pero esta creencia no pasa de ser una ilusión optimista y peligrosísima. Si nos remontamos hasta cincuenta años atrás, veremos que lo que en aquel momento pareció imposible fue luego realidad: la primera guerra mundial, la negación de los derechos del hombre por los estados fascistas, nacionalsocialistas y comunistas (aunque formalmente se reconocieran) el asesinato a mansalva de 6.000.000 hombres porque eran judíos; las matanzas en masa en Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Rumanía.

Y hoy, desde que Rusia publicó la documentación, sabemos que China declaró abiertamente que no retrocederá ante la guerra atómica, porque cree que más allá de la destrucción, puede nacer “un mundo más bello y mejor”. Por consiguiente, no se puede esperar la paz como resultado mecánico de la distribución equivalente del poder destructor entre varios estados. Todo dependerá aquí en último término de las decisiones de los directores de la política mundial, es decir, de su conciencia moral. Y aquí justamente se dibuja otro límite de la ciencia y de la técnica.



ACADEMIA NACIONAL DE LETRAS

Elas no pueden proporcionar normas a la conciencia moral ni ofrecer dirección a la vida humana. La ciencia investiga las leyes del devenir, y del devenir sido infiere el que será, pues su supuesto es que las leyes don independientes de la temporalidad concreta. Y la técnica, a su vez, siguiendo esas mismas leyes, puede producir objetos al servicio de las necesidades humanas; pero ya sabemos que esos objetos, desde la más humilde sandalia hasta el más grandioso navío interastral, son ambivalentes, pues pueden servir a fines buenos o malos. Pero el que haya tales fines, su diferenciación y justificación no puede ser objeto de ninguna ciencia ni de ninguna técnica. Aquí se abre el campo de la problemática axiológica y ética, que finalmente depende de la fina intuición de los valores. La ciencia y la técnica son, así trascendidas por la Filosofía, cuya reflexión puede operar aquí en dos direcciones: por un lado esclareciendo la esfera de los valores y las distinciones morales; por otro, ser un "llamado" a la conciencia concreta de cada uno para la realización de lo bueno.

Hemos justificado antes la integración de la ciencia y de la técnica en la sociedad total. Pero sería otra ingenua ilusión creer que la cientificación y la tecnificación de la sociedad total cubre las aspiraciones y posibilidades del hombre integral. La ciencia y la técnica son susceptibles de un progreso indefinido; es más, son la única dimensión humana en donde ocurre tal progreso. Ese progreso posibilita el dominio sobre la materia y hasta cierto punto sobre los procesos vitales, dominio cuyo beneficiario es el hombre considerado como animal, como ser biológico. Para éste la ciencia y la técnica producirán cada vez mayores resultados y maravillosos medios de bienestar.

Pero con todo ello habrá quedado intacto y sin dirección el centro espiritual de cada hombre. Ahorrará ciertamente trabajo y tiempo. Pero ¿qué hará luego el hombre con su fuerza y con su tiempo libres? ¿Entretendrá su *tedium vitae* resolviendo palabras cruzadas o se trasladará en su auto o en su helicóptero particular a un balneario lejano para terminar de resolver allí el interesante enigma de las mismas palabras cruzadas? Pero si el hombre se pregunta por los ideales en pos de los que ha de enganchar su vida, por las fuentes de la alegría y de la felicidad, por los objetivos en los cuales ha de volcar su amor, por el sentido final de su existencia, no son la ciencia ni la técnica las que pueden ofrecer la más mínima respuesta.

Y así se disuelven las esperanzas ecuménicas puestas en ellas. Pues con aquellas preguntas hemos penetrado ya en el ámbito de la Filosofía. Es más: el hecho de que el hombre pueda formularlas significa ya una relativización de ciencia y de técnica.

El problema moral y el problema indisolublemente unido a él del sentido de la vida son los primeros y más urgentes que se plantean, pero son los últimos que cabe resolver acabadamente, pues su solución está condicionada por otras preguntas más radicales. Para saber qué es lo bueno que he de hacer y cuál es el sentido de mi vida, tengo que preguntarme antes quién soy yo, y para saber quién soy yo tengo que preguntar inevitablemente qué es el hombre en general. Una línea de pensadores hoy bien conocida ha destacado con razón, aunque a veces de modo exclusivo, la unidad e irrepitibilidad del yo, su historia singular, su devenir forjado por él mismo.

Pero yo sólo puedo reconocerme como tal por distinción y diferenciación con un tú que me interpela y a quien apelo, con quien comunico tanto cuando coincido como cuando a él me opongo. Yo pienso mis pensamientos en pos de los tuyos o contra los tuyos, decido contigo o sin ti, te amo o te odio; tú puedes ser la causa de mis pesares y de mis alegrías y yo puedo hacerte gozar o sufrir. Podemos concordar o disentir, no podemos dejar yo de ser yo, tú de ser tú. Pero tanto tú como yo amamos y odiamos, pensamos, sentimos y queremos. Un hilo invisible nos une aunque avancemos de espaldas el uno al otro para distanciarnos.

Esa comunidad en la oposición es la que nos obliga a preguntar no ya quien soy o quien era tú, sino cuál es la esencia común en la que participamos. Por eso el problema del individuo conduce necesariamente al problema del hombre en general, mal que le pese al existencialismo. Mi unicidad y tu unicidad, mi devenir y el tuyo como obra de cada cual, son innegables, pero no pueden darse sino sobre la base de la esencia específica humana, que no constituye a la vez su potencia y su límite. La Antropología filosófica, empero, no describe la anatomía ni la fisiología humana; que de ellas se ocupa precisamente una ciencia.



ACADEMIA NACIONAL DE LETRAS

La esencia específicamente humana no aparece con mayor claridad que cuando advertimos que quien pregunta por la esencia del hombre es el hombre mismo. Preguntar es una nota esencial del hombre, más profunda aún que todas las respuestas y que le otorga un lugar privilegiado dentro del ser. Toda pregunta es una aurora, pues en ella está insinuada ya la plena luz que ha de suministrar la respuesta. Por eso el filósofo no es tanto aquel que posee ya las respuestas para los últimos problemas, como precisamente el hombre que sabe preguntar, el que sabe orientar la interrogación hacia las cuestiones radicales de las que todo depende.

Y por eso la pregunta por la esencia del hombre tiene que trascenderse también a sí misma, y su respuesta sólo puede ser satisfactoria si, más allá de ella, se pregunta por lo no humano, por el todo en el que el hombre está sustentado, por la estructura del mundo real y sus conexiones con lo humano. Pues sólo por su distinción con lo no humano quedará circunscrita la esencia del hombre.

La pregunta por la estructura del mundo en total requiere, sin duda, para su cabal solución, tener a la vista los resultados de las ciencias naturales, pero ninguna puede ofrecer la respuesta, pues cada una de ellas es por definición un saber parcial y fenoménico, en tanto que el problema apunta a la trama categorial del mundo, que sólo la *synopsis* del filósofo es capaz de abarcar.

Por último, la pregunta cosmológica (y con ella todas las anteriores preguntas) conduce a un interrogante, que ya no versa más sobre la esencia de ningún ente en particular ni sobre la esencia estructural del todo, sino sobre su ser mismo, y que ha de formularse así: ¿por qué existe algo y no más bien nada? ¿por qué hay ente en general y no nada?

Esta pregunta, que enunciara explícitamente por primera vez Leibniz y luego reiteraran Schelling, Scheler y Heidegger pero que implícitamente es la que orienta a toda la Metafísica occidental, es la pregunta de las preguntas, el interrogante más radical que puede plantearse el hombre, y el hecho de que un hombre se lo plantee es el signo inconfundible de su vocación metafísica. Por consiguiente, la respuesta a esta pregunta es también la respuesta de las respuestas, de la cual pende la orientación y el sentido último de todas las demás.

Ahora bien: si se dejan de lado diferencias ulteriores, todas las soluciones posibles se reducen en el fondo a dos: o el ente en total es lo Absoluto y la nada es un mero expediente conceptual para destacar la absolutez del Todo o el Toso emerge de la nada, y la nada es entonces la mediación que conduce al fundamento, el velo que oculta a lo absolutamente Otro que está más allá del Todo, al *Mysterium tremendum y fascinans*, al *Deus absconditus*.

Detengámonos aquí. Sin duda, no hemos llegado a nada nuevo. Por de pronto, todo queda en preguntas. Pero mi propósito ha sido mostrar la inevitabilidad de los grandes problemas filosóficos, señalando su orden sucesivo de generación a partir del problema moral, que todo hombre se plantea y que en particular es provocado por la ciencia y la técnica mismas.

Lo hemos visto: el problema moral engendra el problema axiológico y éste, el problema existencial y el antropológico. A su vez, el problema antropológico engendra el problema cosmológico y éste finalmente el problema metafísico. Los pasos de las soluciones, empero, han de proceder en orden inverso al camino recorrido por las preguntas. El problema metafísico es el último que se plantea pero es el primero que hay que resolver, porque el sentido de su solución imprimirá también un sentido peculiar a la solución de todos los demás problemas.

Una confirmación de este primado lo ofrece el hecho de que todo hombre, aunque no sea filósofo, consciente o inconscientemente revela en los actos de su vida que ha hecho opción en la alternativa antes indicada: se ha decidido o por la inmanencia o por la trascendencia de lo Absoluto. Y según sea su opción, conducirá su vida. Esto no significa que esos problemas sean susceptibles solo de una decisión irracional. Pero muestra bien a las claras su carácter inaplazable. Por eso la Filosofía tiene que retomarlos, elaborarlos e indicar su solución basada en los datos de la intuición ideatoria y en inferencias racionales.



**ACADEMIA NACIONAL
DE LETRAS**

Pero esa solución siempre será incompleta y la Filosofía, al reconocer sus propios límites, no puede descartar que lo Absoluto mismo se comuniqué, y revele al hombre una verdad, que él, por su propia finitud, no puede descubrir por sí mismo. La verdad última y definitiva sería entonces un don, y la revelación, al revelar su propio contenido, se revelaría a sí misma como una operación de un Absoluto cuya esencia es el amor.

La Filosofía es, así, la universal legalizadora: comenzando por justificarse a sí misma, ella autentica las credenciales de la ciencia y autentica también las credenciales de la Religión. Por eso es el saber fundamentante sin más.

Nuestra época, pues, ha ampliado la misión de la Filosofía por la nueva problemática implicada en la ciencia y en la técnica, pero no ha suprimido su tarea tradicional, porque ella puede orientar al hombre en el Universo y dar un sentido a su vida, que ni la ciencia ni la técnica le pueden ofrecer.

Por eso tiene una misión perenne e irrenunciable.

Se ha dicho que la Filosofía enterra a los que quieren enterrarla. ¿Será esto una exageración? Por mi parte estoy convencido que si la Filosofía fuera enterrada un día, la humanidad sería enterrada con ella.

Montevideo, 3 de junio de 1967